

Las fortificaciones y la defensa del Mediterráneo

Alicia Cámara

Las fortificaciones que protegieron las tierras de la monarquía española durante el reinado de Felipe II tuvieron en el Mediterráneo un papel protagonista en la guerra en ese mar, que obligó a una experimentación constante y que las convirtió en modelo para otras fortificaciones emprendidas en lugares tan alejados como los reinos de América. Fue un campo de experimentación en todos los aspectos referidos a la fortificación de la época moderna.

Ingenieros de los Países Bajos se desplazaron a Nápoles o Sicilia para asesorar e intervenir en sus fortificaciones, ingenieros que trabajaron en las fortificaciones del Mediterráneo se trasladaron a América, ingenieros formados en Milán, Sicilia o Nápoles acabaron trabajando en el norte de África o en las fortificaciones peninsulares. La fortificación de la entrada a la bahía del Estado de los Presidios, con dos fuertes enfrentados, por ejemplo, pudo ser perfectamente el modelo para La Habana. Era la forma natural de guardar la entrada de una bahía, pero la fortificación abaluartada capaz de responder a las nuevas armas de artillería convierte en modelo esta disposición geográfica de las fortalezas. La adaptación al terreno, que vemos tanto en Porto Ercole, como en La Habana, se aprecia igualmente en fortalezas como la de Melilla y se prolonga en las fortalezas americanas, quizá por un cierto paralelismo inicial entre una y otra frontera.

Hay un hecho admitido, conocido y debatido, que los mismos tratadistas de arquitectura militar incorporaron a sus escritos. La guerra no era igual en todas partes, y en función de ella estaba —o debía estar— la fortificación. Cristóbal de Rojas resumía que «el Turco bate con muy gruesa artillería, y el Flamenco y el Inglés se vale de la zapa, y el Moro Alarbe (sic) de ninguna cosa, si no es de algazara y dar voces»¹. Sin embargo en este siglo XVI a todos los enemigos se hizo frente con la misma fortificación defendiendo las fronteras de la monarquía, obviamente en unos casos con más éxito que en otros. Hasta el siglo siguiente no se fue dando una especialización paulatina en función de la manera de atacar del enemigo. En el reinado de Felipe II, por ejemplo la ciudadela de Amberes tiene bastante que ver con la de Pamplona, no sólo en su planteamiento político, sino tipológicamente; los mate-

¹ ROJAS, CRISTÓBAL DE, *Compendio y breve resolución de fortificación*. Madrid, 1613, fol. D2vº.

Alicia Cámara

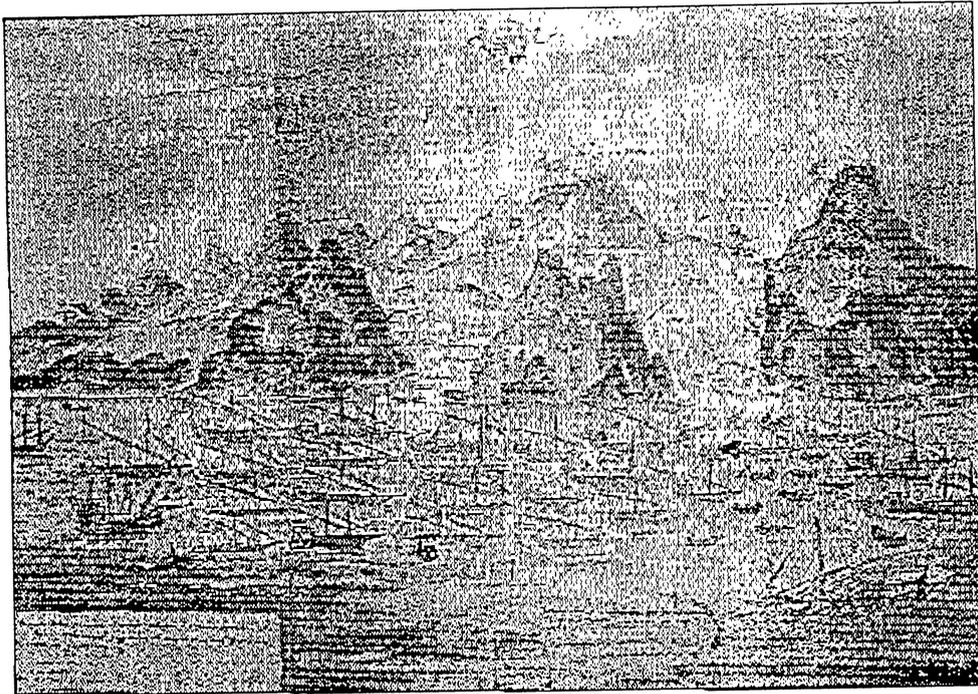
riales de construcción, como la utilización frecuente de la tierra y fajina para hacer los muros, cubiertos luego con una camisa de piedra o ladrillo se dio lo mismo en unos lugares que en otros. Las diferencias venían marcadas más por la disposición geográfica (esto de forma determinante), los materiales, la urgencia de la construcción o la mano de obra disponible.

Como punto de partida de esta comunicación, hay que recordar que la ciencia de la fortificación abaluartada, esa nueva ciencia de construcciones militares que se fue adaptando en sus formas geométricas a la trayectoria de los tiros de la artillería, tanto de la que la defendía como de aquella que la atacaba, tiene su origen en el Renacimiento italiano. Por ello, los ingenieros de Felipe II fueron en su mayoría italianos, e ingenieros italianos fueron a trabajar al servicio del rey de Inglaterra o del de Francia. En tiempo de Felipe II todavía la inmensidad de las tierras bajo su dominio justifican el hablar de él como el más necesitado de buenos ingenieros a su servicio, al fin y al cabo la monarquía española era —se escribía— la que sustentaba la carga de un orbe que estaba a punto de caer, y la nación española era la que más necesidad tenía de fortificaciones por el odio que despertaba su gran imperio. Si se podía sentir el odio de los otros para justificar la defensa, también se sentía la grandeza de ese llamado imperio y, en el terreno en que nos movemos, que es el de la arquitectura militar, el imperio filipino será comparado por los ingenieros Juan Bautista Antonelli y Tiburzio Spanocchi con el imperio romano.

La plasmación concreta de ese pensamiento se puede apreciar en el hecho de que las excavaciones necesarias para las nuevas fortificaciones sacaron a la luz en este Mediterráneo de la monarquía católica restos arqueológicos de gran interés para esa incipiente ciencia de la arqueología histórica de nuestro Renacimiento, y cómo tales hallazgos fueron celebrados. Aproximaban la historia de las ciudades españolas a la Antigüedad, de lo que los historiadores estaban convencidos al unir siempre sus orígenes a héroes míticos, y al considerar como nuevas Romas a muchas ciudades. En el terreno de la arquitectura militar, la relación establecida entre el imperio español y el imperio romano, encontró en estos restos un argumento de afirmación de la grandeza presente basada en el pasado. Por ello, en la puerta de la fortificación de Ibiza dos esculturas de la Antigüedad, una masculina y otra femenina, flanquean una puerta de potente almohadillado, con un escudo y una inscripción recordando los nombres de sus constructores, en primer lugar por supuesto el del rey Felipe II, y esas estatuas se convierten en el cimiento histórico, el que sólo puede ser representado por la Roma antigua, de la grandeza del presente.

Cuando hizo falta que desde Italia se trasladaran a los reinos peninsulares ingenieros italianos, se pusieron en funcionamiento todos los mecanismos de la diplomacia, y, sobre todo, los conocimientos en el arte de la guerra de los hombres de Felipe II en sus reinos y estados de Italia, pues son constantes las peticiones de ingenieros a Sicilia, en menor medida a Nápoles y, sobre todo, a Milán. Así pues, este Congreso es sin duda el mejor foro para afirmar que el origen de la ciencia de la fortificación en la época moderna está en el Mediterráneo, y la monarquía de Felipe II fue un excelente —por no decir el mejor— conductor en la expansión de esos conocimientos precisamente por la extensión de sus territorios en varios continentes.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO



Anton Van den Wyngaerde. Peñón de Vélez de la Gomera. 1564. Biblioteca Nacional de Viena.

Con respecto a esta afirmación, también creo que es oportuno recordar que no existe el llamado modelo de fortificación hispanoamericana, al menos tal como ha sido formulado. En todo caso ese modelo es el de los ingenieros italianos en el Mediterráneo adaptándose a nuevas tierras, pero como antes se había adaptado a las costas africanas o a las de la península Ibérica, Sicilia o Cerdeña. Los tratadistas lo sabían bien, porque los tratados codificaron la experiencia, no partían nunca de la nada, así que la necesidad de adaptarse al terreno, de utilizar los materiales de la zona, la experiencia de los maestros de obra de la tierra, y partir de una realidad dada para construir sus proyectos fue común en cualquier lugar del mundo donde se construyeron fortificaciones en el siglo XVI.

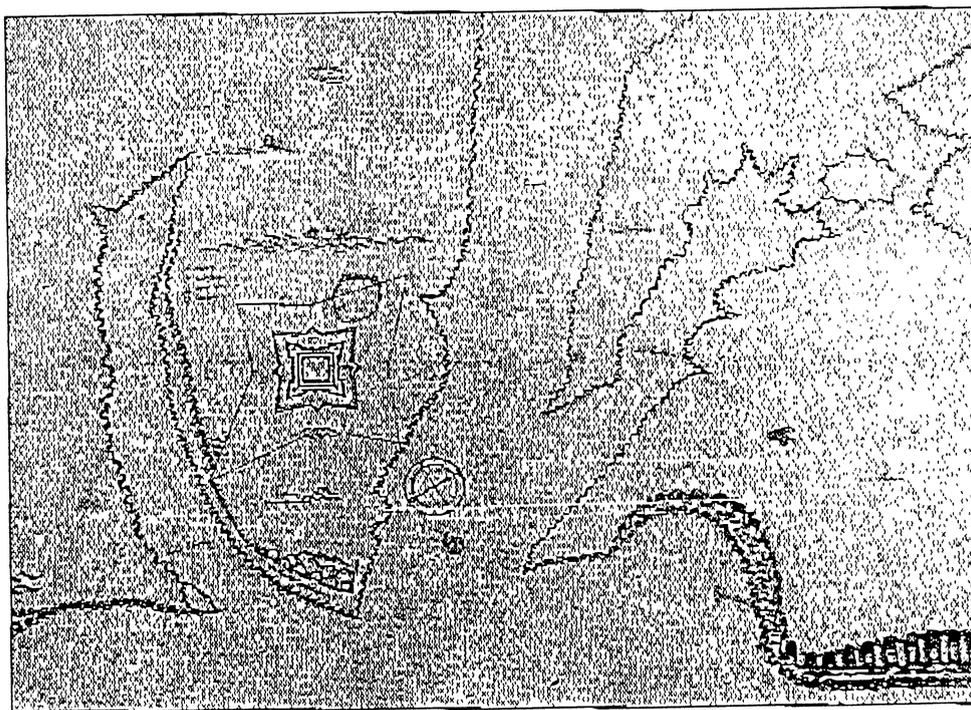
El Mediterráneo fue ese primer espacio de experimentación de la fortificación abaluartada. Si dirigimos la vista a los Países Bajos, los mismos apellidos de los grandes ingenieros: Paciorro, Marchi, Campi, etc. nos indican su procedencia italiana. El control de las fronteras por la monarquía de Felipe II tuvo en ellos, trabajaran en los Países Bajos, en América o en las costas mediterráneas el instrumento imprescindible para el control y defensa de sus territorios.

Hay distintas fases en la historia de las fortificaciones del Mediterráneo, si nos atenemos a lo que fue el esfuerzo de inversión económica en la construcción de esta arquitectura de frontera. Durante los años treinta, en tiempo del emperador, se invirtió una gran can-

Alicia Cámara

tividad de dinero y se hicieron grandes proyectos para las fortificaciones del Mediterráneo, y en ese tiempo fue determinante la labor de ingenieros como Ferramolino. Sin embargo, el tema del Congreso lleva al núcleo del que parte toda la intervención posterior en ese mar, pues fue con Felipe II con quien se activó la construcción de fortalezas. Hubo unos primeros años, antes de ser rey, cuando el futuro Felipe II hizo venir a la península a Juan Bautista Calvi y en sus viajes a los Países Bajos entró en contacto con ingenieros como Francesco Paciotto o Francesco Marchi, y ese tiempo determinó un planteamiento de las defensas de las fronteras que tuvo su continuidad a lo largo de todo el reinado. Fruto de ello son las fortificaciones emprendidas en los años sesenta.

En la década siguiente, por ejemplo en Sicilia, después de la victoria de Lepanto, el miedo al turco llevó a esa isla a algunos de los más importantes ingenieros de ese tiempo. Unos, como Gabrio Serbelloni o Scipione Campi procedían de los Países Bajos, pero también opinaron sobre cómo fortificar ese bastión del catolicismo en el Mediterráneo que era Sicilia Giulio Cesare Brancaccio, Alessandro Giorgi, del que se conserva una espléndida planta de las fortificaciones de Palermo en el Archivo General de Simancas, Juan Antonio Salamone, Giovanni Antonio del Nobile, Tiburzio Spannocchi y Ludovico Cesano. La figura de Gabrio Serbelloni es determinante en las fortificaciones del Mediterráneo, ya que tras haber asesorado sobre Amberes, y luego sobre Sicilia, informó sobre Cerdeña, conti-



Martín de Izurza. Castillo de San Felipe en Mahón. 1597. Archivo General de Simancas.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

nuó su labor en Túnez, donde trazó un nuevo fuerte de apoyo a La Goleta, y allí fue hecho prisionero por los turcos.

De los ingenieros citados, Tiburzio Spannocchi desarrollará la mayor parte de su carrera en los reinos peninsulares, donde acabó siendo Ingeniero Mayor de los Reinos de España. A su época, desde los años ochenta corresponde ya lo que, en mi opinión, fue por un lado acabar de fortificar lo que ya estaba previsto anteriormente, y, por otro, emprender obras nuevas sólo cuando la amenaza enemiga lo exigió, como sucedió por ejemplo con la ciudadela de Jaca tras los sucesos de Aragón. La impresión que se tiene a veces leyendo los documentos de finales del reinado es que, tanto el perfeccionamiento o actualización conforme a los avances de la ciencia de la fortificación de las fortalezas ya existentes y anticuadas, como las nuevas fortificaciones proyectadas respondían, antes que a un plan preestablecido, a las urgencias de la guerra, dejando desasistidas unas para atender a las otras, ante la falta de recursos para completar ese perfecto sistema defensivo diseñado en los años sesenta. Ya no era un plan de fortificaciones controlado, como se pretendió en los años sesenta, e incluso en los setenta. Ahora, sobre ese primer proyecto, al que había que añadir nuevas obras, se repartían las fuerzas y el dinero en función de los ataques reales o simplemente supuestos. Parece a veces, y estoy hablando basándome en la documentación, en las trazas y en las obras, que eran demasiadas fronteras, demasiados frentes abiertos, desde el Caribe al Mediterráneo. No había dinero, no había bastantes profesionales de la fortificación, no había ejército suficiente para atender a todo.

Las costas: torres y corsarios

En el Mediterráneo lo que se planteó en primer lugar fue la necesidad de defender las costas, algo repetido reiteradamente no sólo por los militares e ingenieros, sino también por los historiadores. Felipe II fue alabado por historiadores como Van der Hamen entre otras razones por la cantidad de torres costeras que construyó, perfeccionando un sistema defensivo iniciado en realidad con anterioridad a su reinado. Se levantaron torres en las costas del reino de Nápoles, torres en las costas del reino de Sicilia, torres en Cerdeña, en Baleares, torres en toda la costa mediterránea de la península ibérica²... Este sistema defensivo, cuyo origen se remonta a la antigüedad, tal como recordaba el ingeniero Antonelli, y en el que se integraron las torres construidas por los árabes reformándolas, define una forma de defensa peculiar de este mar, pero sólo en sus costas pobladas, que no así en las del norte de África, donde las torres cristianas tuvieron casi el carácter de fortalezas y guardaron los lugares en los que los corsarios podían recalar para aprovisionarse de agua.

Así sucedió en Melilla, donde además de la fortaleza, construida a lo largo de todo el siglo —y en los sucesivos— el ingeniero Fratin proyectó una torre para guardar la laguna.

² CÁMARA, A., «Las torres del litoral en el reinado de Felipe II: una arquitectura para la defensa del territorio». *Espacio, Tiempo y Forma*. UNED, Serie VII, núm. 3, 1990, págs. 55-86, núm. 4, 1991, págs. 53-94.

Alicia Cámara

Sobre Ceuta, tras la Sucesión de Portugal, se informaba que, además de la dificultad de controlar a los portugueses que allí vivían había que renovar las fortificaciones, y, sobre todo se pedía que se hiciera una torre «al modo de las que ay en la costa de Málaga» en un alto, para dominar el territorio³. Por tanto, aunque se hable de torres en el norte de África —me estoy refiriendo a las construidas por los españoles— no tienen el mismo sentido que en otras costas mediterráneas, pues la mayor parte de las veces nacían condenadas a la soledad, sin formar parte de un sistema, y para proteger lugares concretos.

Siempre fue el peligro de los corsarios lo que llevó a la construcción de estas torres. En Cerdeña don Gastón de Moncada contaba en 1593 con satisfacción que se habían acabado dos torres, en los «lugares más peligrosos de la isla porque están enfrente de Bervería y en parte muy lexos de Población que con dificultad se socorrerán... y son estas torres de tanto provecho que aunque han costado de fabricar siete mil ducados son muy bien empleados»⁴. Lo normal sin embargo en las costas europeas fue que las torres formaran parte de una cadena que de alguna forma aseguraba el socorro en caso de ataque corsario.

La denominación de torre se aplica por igual a las torres fuertes y aisladas que en sí mismas eran una pequeña fortalezas, que a las torres almenaras o vigías, en las que podía haber artillería, pero no de gran calibre, y que carecían de sentido si no formaban parte de una cadena en la que se iban pasando los avisos del peligro hasta llegar a la ciudad desde la que se enviaban a los soldados, a veces ya tarde debido a la rapidez de las incursiones corsarias, otras veces a tiempo.

Una descripción de Mallorca, conservada en la Biblioteca del Palacio Real⁵, es un buen ejemplo de cómo fueron las costas el único punto de atención para la fortificación, y que ésta estaba en función de los posibles ataques de corsarios y de los barcos que podían esconderse en cada una de las calas de la isla. Para impedir esta llegada de galeotas de corsarios a atacar los lugares de la costa, lo que había que construir era ante todo torres que vigilaran esas calas y pudieran dar aviso del peligro. Se va analizando en todas y cada una de esas calas y pequeños puertos naturales su capacidad para acoger barcos, su orientación, los vientos, y si hay agua o no en ellas, pues el aprovisionarse de agua dulce en las costas era una de las causas de la llegada de corsarios a ellas. Asimismo, se alude en varias ocasiones a otro peligro corsario; no sólo atacaban la isla, lo que a veces era difícil porque las escarpadas costas hacían difícil el desembarco, también se refugiaban en esas calas para desde ellas atacar a los barcos que pasaban. Así había sucedido el año 1582: «y aunque es muy de travajoso el desembarcar en estos lugares como tengo dicho pero acostumar los corsarios de recogerse algunas vezes por esperar al paso los vaxeles del levante como aconteció el año de 82 de dos galeotas que están de aquí retiradas sabiendo que estaban descubiertas de la tierra las quales de allí a pocas oras combatieron una nao y de allí a poco tomaron una saetia que venia de cerdeña...». Ese carácter de plataforma desde la que ata-

³ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 120, fol. 382.

⁴ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 376, fol. 124.

⁵ Ms. II-175, fols. 565-578. Biblioteca del Palacio Real, Madrid.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO



Puerto de Cartagena en 1610. Archivo General de Simancas.

car la tenían no sólo las calas de la isla, sino también una isla como la Dragonera, «muy nombrada y muy temida quando navegan por el mar mediterráneo por aver sido siempre mesón de corsario y tanto que la mayor parte de los daños y pérdidas que mallorca ha recibido de los corsarios han venido por causa desta Isla».

A la vez que se describen las costas y se detallan las torres existentes y las necesarias, el autor de la descripción va haciendo un recuento de los ataques sufridos por los habitantes de la isla que da buena idea del continuo peligro en que se vivía en las costas medite-

Alicia Cámara

rráneas. Los pinates y los barrancos convertían algunas de las calas de la isla de Mallorca en lugares muy seguros para los corsarios, ya que era difícil descubrirlos desde la tierra, pese a las torres y las guardias costeras, por lo que se hacía ver la necesidad de construir más torres capaces de descubrir esos lugares prácticamente ocultos hasta entonces a cualquier mirada desde la tierra. El fuego era lo que utilizaban estas torres para darse aviso unas a otras de la llegada del enemigo, por lo que en la descripción se aclara de qué torre se recibe el fuego en cada una y a cual se le da desde ella. Como curiosidad, señalaremos que se describen las cuevas en las que la erosión del agua había formado lo que la descripción llama «degóticos», y que se consideran una de las maravillas de la isla, como cosa «curiosa» y de «magnificencia».

Todas las costas de las islas, ya fueran las Baleares o Cerdeña, así como las costas peninsulares sujetas al peligro del ataque de corsarios desde Argel fueron protegidas mediante este sistema de torres vigía, en las que trabajaron dando trazas y opinando sobre su ubicación en el territorio algunos de los mayores expertos en fortificación del reinado de Felipe II: los Antonelli, los Fratin, el mismo Vespasiano Gonzaga... En Sicilia por ejemplo fue Tiburzio Spannocchi el ingeniero que recibió el encargo de Marco Antonio Colonna de reconocer las costas de la isla para informar sobre las obras necesarias para su defensa. Entre estas obras eran fundamentales las torres costeras, de las que la Diputación del reino acabaría construyendo cuarenta y cuatro de las ciento veinticinco que proyectó. Su trabajo lo continuarían Gianbattista Fresco y Camillo Camilliani en 1584⁶.

En el norte de África, además de alguna torre, lo que se construyeron fundamentalmente fueron grandes fortalezas o «presidios», llamados así por la guarnición de soldados que había en ellas. El dominio del norte de África era una de las glorias históricas de la monarquía desde tiempo de los Reyes Católicos, y ese dominio se concretó con la serie de fortalezas, como Bugía, Bona, Melilla, La Goleta, Mazalquivir, etc., que se convirtieron, al decir de los interesados en su conservación, en bastiones defensivos de las costas europeas de los reinos de Felipe II.

En Mazalquivir por ejemplo trabajaron grandes ingenieros, como Juan Bautista Calvi, Juan Bautista Antonelli, autor de la traza de la puerta, que se conservó a lo largo del tiempo como «puerta vieja»⁷, los dos fratines, Jacome y Jorge, Leonardo Turriano, Jerónimo Marquí, y el gran experto en fortificación que fue el poderoso Vespasiano Gonzaga al servicio de Felipe II. Esta fortificación se construyó en tiempo de Felipe II, y se pretendió «muy buena y gallarda» según se decía en 1563, cuando iban a dar comienzo las obras con la traza de Antonelli, aunque el tiempo demostraría sin embargo importantes errores en la traza. Una vez puesta en defensa se pensó en la posibilidad de desmantelar Orán⁸. La fortificación de Orán había necesitado de la presencia de un ingeniero entendido en fortificación en 1558. Ese año informaba el conde de Tendilla desde Málaga que había que en-

⁶ DUFOUR, L., *Augusta Da città imperiale a città militare*. Palermo, 1989. págs. 42, 43.

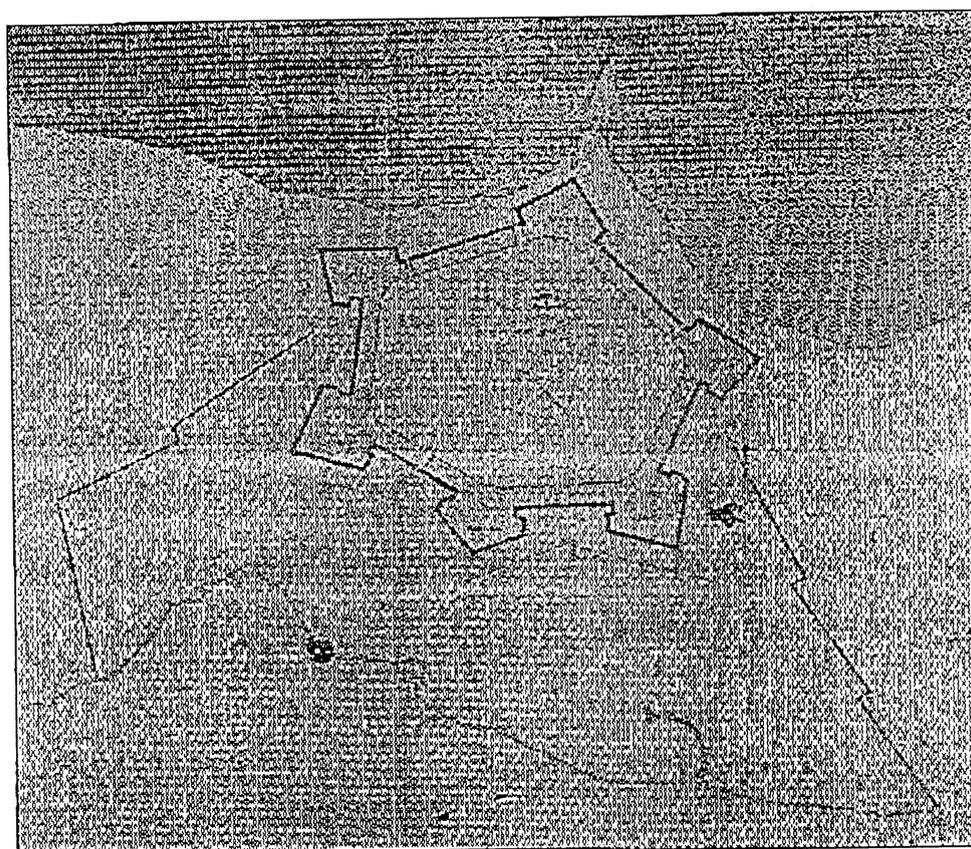
⁷ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 378, fol. 176

⁸ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 71, fol. 29 y leg. 378, fol. 182.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

viar a esa persona, porque era muy difícil de fortificar debido a la cantidad de padrastrros que tenía alrededor. El ingeniero enviado fue Juan Bautista Calvi⁹, quien a su vuelta escribió la ya citada y famosa «Relación de lo que conviene para fortificar las plazas de frontera de España y Orán y de la gente de guerra que son menester en cada una dellas así en tiempo de paz para la guardia ordinaria como en tiempo de guerra»¹⁰.

En esta relación Calvi se refiere a Mazalquivir, donde él pensaba que había que hacer dos fortalezas, una en la sierra, en el padrastrro, y otra en la punta de la isla, y sobre todo proponía abandonar Orán una vez fortificado Mazalquivir, porque Orán era costosísima de mantener en hombres y dinero. En ella residían mil quinientos infantes, cien caballos y cien artilleros, además de oficiales, gente de mar, alcaides de las puertas y fortalezas y mo-



Gabrio Serbelloni. Fuerte nuevo para Tínez. 1573. Archivo General de Simancas.

⁹ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 68, fol. 136.

¹⁰ A.G.S., *Estado*, leg. 124.

Alicia Cámara

nasterios, todos con sueldo. Esos gastos fijos suponían setenta y cinco mil ducados al año, además de los gastos extraordinarios derivados de los ataques y movimientos enemigos desde Argel, lo que obligaba en esas ocasiones a enviar gente desde Málaga, bastimentos y municiones, con el consiguiente movimiento de barcos y correos... Sin embargo no se llegó a abandonar Orán, obras de las que era maestro mayor Jorge de Torres, compatibilizándolas con las de Mazalquivir a finales del siglo.

En 1593 se estaba acabando la iglesia mayor de esta ciudad de Orán¹¹. No es un dato insignificante como podría parecer a primera vista, ya que a finales del reinado de Felipe II, a la vez que se emprendían obras para el alojamiento de los soldados dentro de las fortalezas y no en las ciudades, también la religión se hacía más presente en ellas, pues, además de la recién citada Orán, tanto en Melilla como en el Peñón de Vélez se enviaban frailes «para que allí aya la paz que tanto es menester y que se remedie lo que algunos perdidos hazen algunas vezes por flacas ocasiones de pasarse a Berberia»¹². Fortalezas del rey y fortalezas de la religión católica, estas plazas africanas pueden ser imaginadas como un símbolo de su tiempo.

Por eso probablemente fue un problema reiteradamente planteado durante el reinado de Felipe II el de la duda sobre la eficacia real de las plazas africanas, o al menos de algunas de ellas. Eran muy caras de mantener, por encontrarse en unas tierras enemigas en las que no se podían abastecer de nada, aunque se intentaran siembras por parte de «los moros», así que por lo general dependían de lo que les llegaba desde Sicilia o desde España, siendo en ese caso Málaga y Cartagena los puertos de origen para su avituallamiento. Algunos datos, que pueden multiplicarse: en 1594 llegaban a Orán nueve mil doscientas veintisiete fanegas de trigo y cinco mil novecientos ochenta de cebada¹³, en 1563, para iniciar las obras de Mazalquivir, fue necesario llevar desde las tierras de Málaga y Antequera trescientos hombres para trabajar en la fortificación¹⁴. Podíamos seguir con una relación interminable de llegada de alimentos y de hombres a las plazas africanas, pero también fueron necesarios otros productos, que demuestran hasta qué punto eran solitarias, y comparables como se compararon en este tiempo, a barcos anclados en el mar: tres mil pares de alpargatas se enviaron a Mazalquivir en 1593, además de cuatro mil fanegas de cebada y seis mil de trigo llegadas desde Cartagena¹⁵. Sin embargo, abandonar o conservar estas fortalezas de la costa africana atañía a la imagen política de la monarquía por su significación histórica, así que no se puede decir que fuera una cuestión de eficacia defensiva la que

¹¹ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 367, fol. 523. Torres decía llevar sirviendo al rey en 1597, treinta y tres años, tanto en plaza de soldado como de artillero, además de las obras de esas fortificaciones. La información sobre el estado en que se hallaba la iglesia mayor, de los que informan los maestros del arte de cantería Juan de Guescar Melgar y Piertes Coll, el leg. 417, fol. 78.

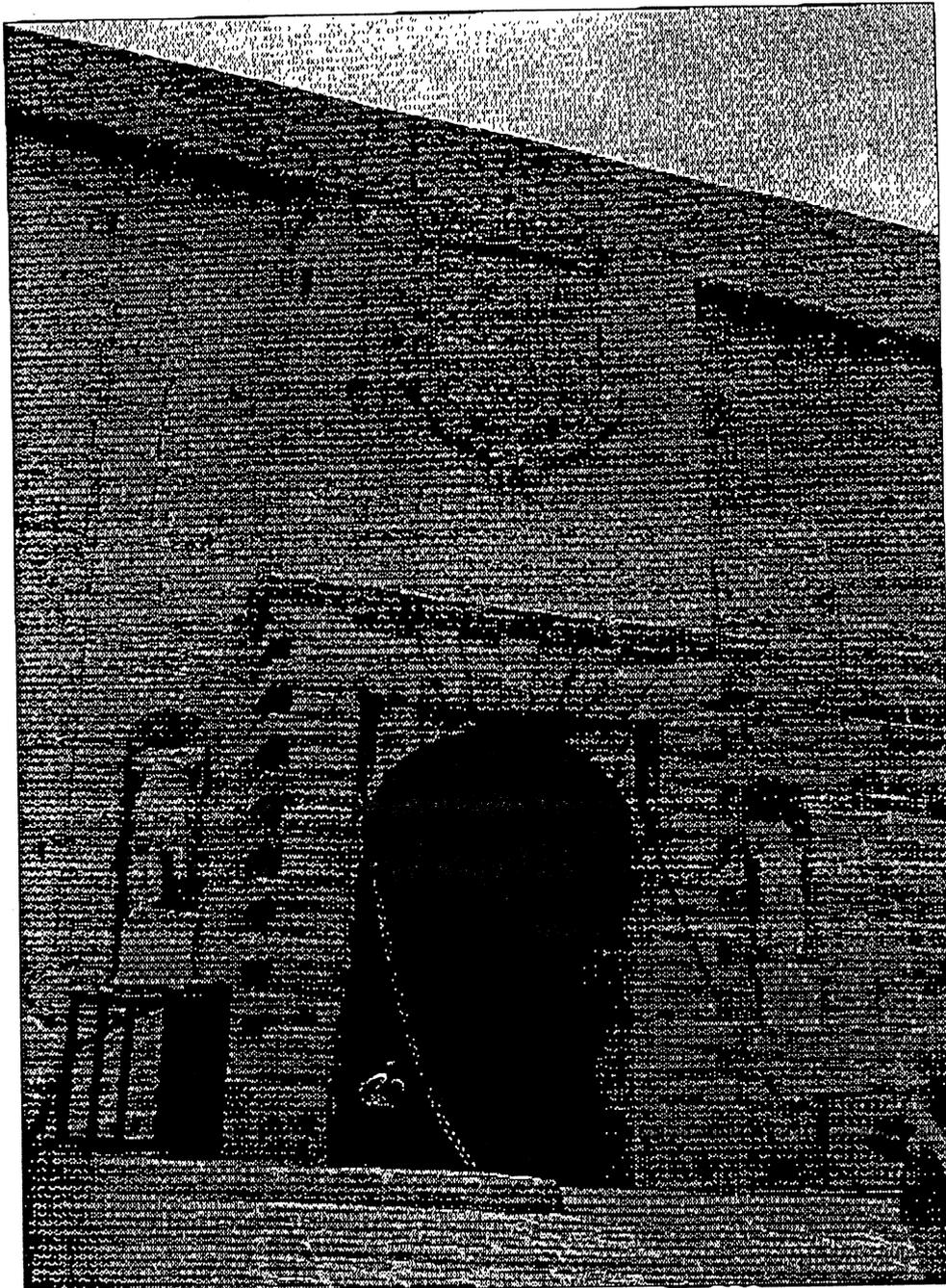
¹² A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 482, fol. 117.

¹³ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 408, fols. 129 y 137.

¹⁴ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 71, fol. 30.

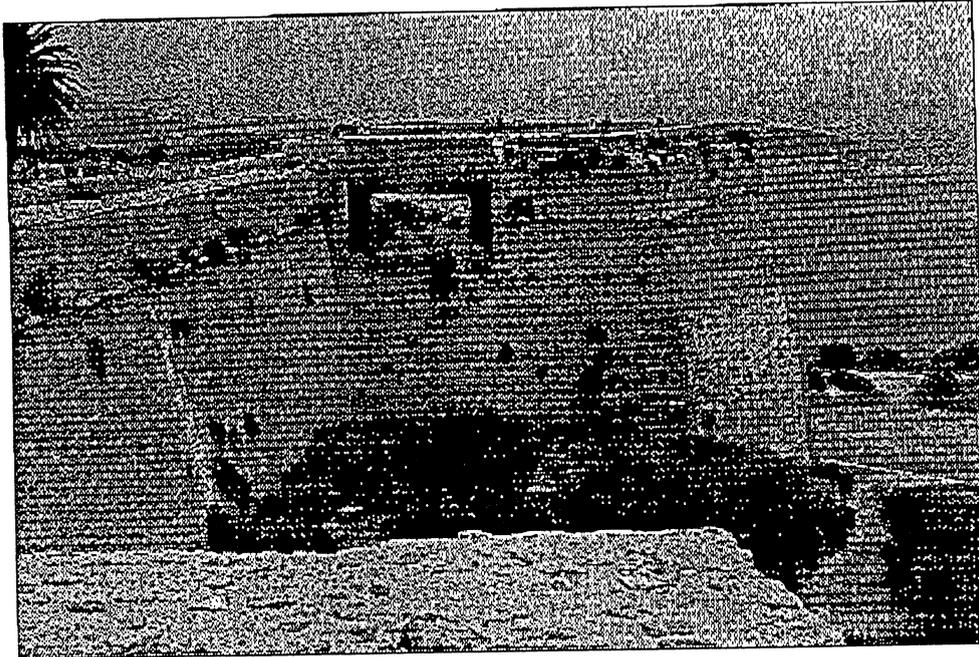
¹⁵ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 371, fol. 278.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO



Puerta de la fortificación de Ibiza.

Alicia Cámara



Baluarte de Ibiza.

las mantuvo, sino ante todo una cuestión política, pese a su altísimo coste y a que algunas de ellas no fueran tan necesarias como otras fortificaciones en otros reinos.

Las ciudades, baluartes defensivos

En las costas no sólo se construyeron torres y fortalezas, también se fortificaron ciudades y villas. Un ejemplo puede ser el de Peñíscola, visitada en 1560 por Juan Bautista Calvi, quien opinó que, aunque su castillo era antiguo, eso sí famoso, era suficiente para proteger a la villa, y que no había que hacer obra nueva, ya que no tenía puerto¹⁶. Sin embargo, y como muestra de que los ingenieros informaban y opinaban pero no decidían, Juan Bautista Antonelli fue enviado a Peñíscola para trazar su fortificación en 1562. Años más tarde, en los setenta, el mismo Antonelli volvió a ocuparse de esa fortaleza junto con Vespasiano Gonzaga. La razón de la necesidad de fortificar esa villa era «obviar los daños y robos que los cossarios enemigos de nra. santa fce cathólica y nros. podrían hazer si vienesen a ella», se decía en 1562¹⁷. Al igual que Peñíscola, en ese año se ordenaba a Juan

¹⁶ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 70, fol. 363.

¹⁷ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 70, fol. 217.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

Bautista Antonelli que visitara otras villas y ciudades de la costa, como Alicante, Orihuela, etc. con el mismo fin. En el caso de Alicante se puntualizaba que además de turcos y moros, enemigos de la fe católica, «otros cossarios» también podrían hacer daño si llegaran hasta ella¹⁸. El miedo imperaba en unas costas continuamente asaltadas por los corsarios de Argel, que además hacían temer la llegada de más poderosas fuerzas enemigas.

Lo cierto es que casos como el que relata el ingeniero Calvi, sucedido en Valencia en 1560, muestran hasta qué punto las costas e incluso las grandes ciudades estaban a merced de los corsarios hasta que en los años sesenta se empezaron a construir fortificaciones que poco a poco crearon un sistema defensivo. Relata Calvi que durante su estancia en Valencia, además de que diez galcotas se habían apoderado esos días de tres naves de gran valor, «antes de ayer venieron de día claro en este playa delante de al gran y enbiaron a dezir al duque que todos los navíos que stavan en la dicha playa eran suyos y que embiasse a rescatallos. Y así sus dueños por orden del duque fueron a concertar y pagar el rescate porque no quemasen los navíos. Cosa cierto de grandísima lástima a una ciudad tan principal». La solución que proponía Calvi para Valencia era hacer un muelle con un baluarte en su extremo, con doce piezas de artillería para que los barcos pudieran estar seguros. En cuanto el rey lo ordenara, la ciudad se pondría a hacerlo pues estaban descándolo¹⁹.

Esta última observación nos lleva a recordar que, si el baluarte define la fortificación de la época moderna, también ésta viene definida por estar controlada por la monarquía y no por particulares ni ciudades o villas. Precisamente por eso podemos hablar de un sistema de defensa basado en las fortificaciones y diseñado desde el centro del poder. Nada se podía hacer sin la aprobación del monarca y sus consejeros. Por su parte, las ciudades financiaban sus fortificaciones en gran medida, aunque cada caso pueda ser distinto. A veces lo hacían con impuestos especiales. En Barcelona por ejemplo, en 1552 se trabajaba muy lentamente en la obra de la muralla de la Marina, y la ciudad se negaba a imponer otro impuesto para pagar además el baluarte que había que fabricar en el espolón²⁰. Las obras de fortificación en esta ciudad siguieron a lo largo del XVI, aunque fueran por lo general reparos, como cuando en 1592 hubo que reedificar una parte que se había caído del baluarte de las ararazanas²¹. Sin embargo, las imágenes que nos dejó el pintor flamenco Van den Wyngaerde de Barcelona, nos muestran entre otros aspectos cómo fue la Puerta del Mar, posiblemente diseñada por Juan Bautista Calvi, y que, con sus cariátides, con esa figura humana convertida en arquitectura y símbolo de dominio sobre los enemigos según el tratado de Vitruvio, la Barcelona de Felipe II mostraba su poder y su belleza a los que llegaban a su puerto.

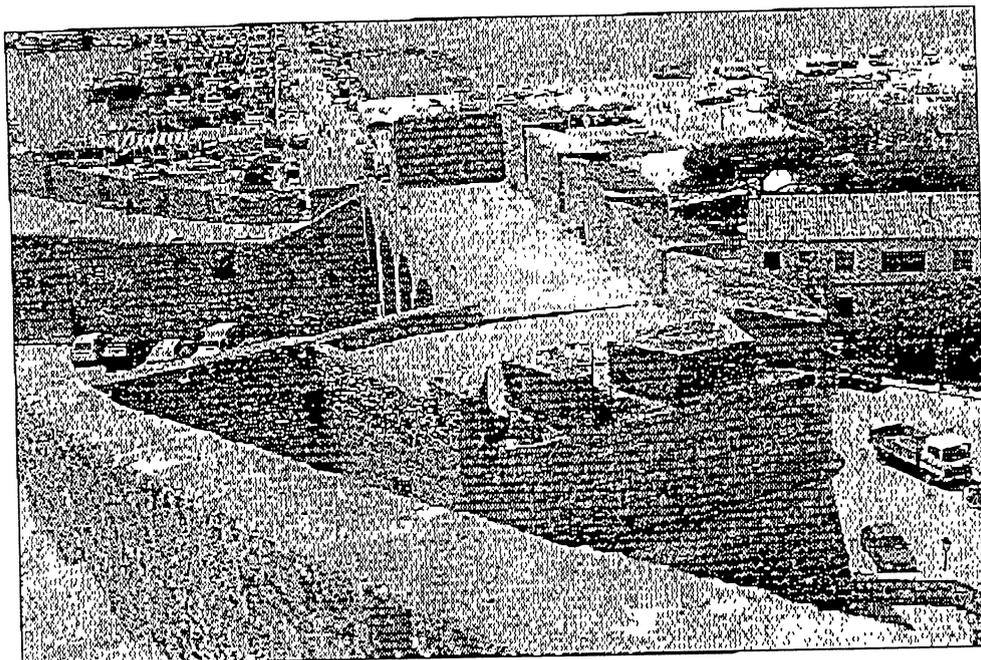
Muchas ciudades fueron fortificadas en las costas mediterráneas como elemento esencial del sistema defensivo frente al turco. Eso sucedió ya en tiempo del emperador, y más

¹⁸ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 70, fol. 219.

¹⁹ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 70, fol. 364.

²⁰ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 46, fol. 5.

²¹ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 353, fol. 55.

Alicia Cámara*Baluartes de Peñíscola.*

tarde Felipe II perfeccionó sus fortificaciones mediante el trabajo de militares e ingenieros que introdujeron los avances de esta ciencia en sus intervenciones en las ciudades. En tiempo de su padre, Palermo había quedado bien fortificada a juicio de Ferrante Gonzaga, pues cuando éste la dejó para ir a Milán, se mostraba orgulloso porque los bastiones se veían el uno al otro²², es decir que ya dejó establecido lo que fue la base de la eficacia de la fortificación moderna, que era la relación entre las partes y de las partes con el todo, un sistema de fortificación en el que en esa ciudad cada elemento se relacionaba con el siguiente y todos entre ellos.

Tras las fortificaciones de Gonzaga, y durante años, en Palermo todos los esfuerzos se habían concentrado en la construcción del nuevo puerto, del que en 1572 se escribía que era una *delle notabili machine d'Italia*, pero al que era necesario proteger con nuevas fortificaciones, para lo que no sólo era necesario un nuevo castillo, sino una cinta abaluartada nueva que abrazara tanto la ciudad como el nuevo muelle²³. Gabrio Serbelloni sería el encargado de diseñar la ampliación de la ciudad, contradiciendo algunas de las indicaciones

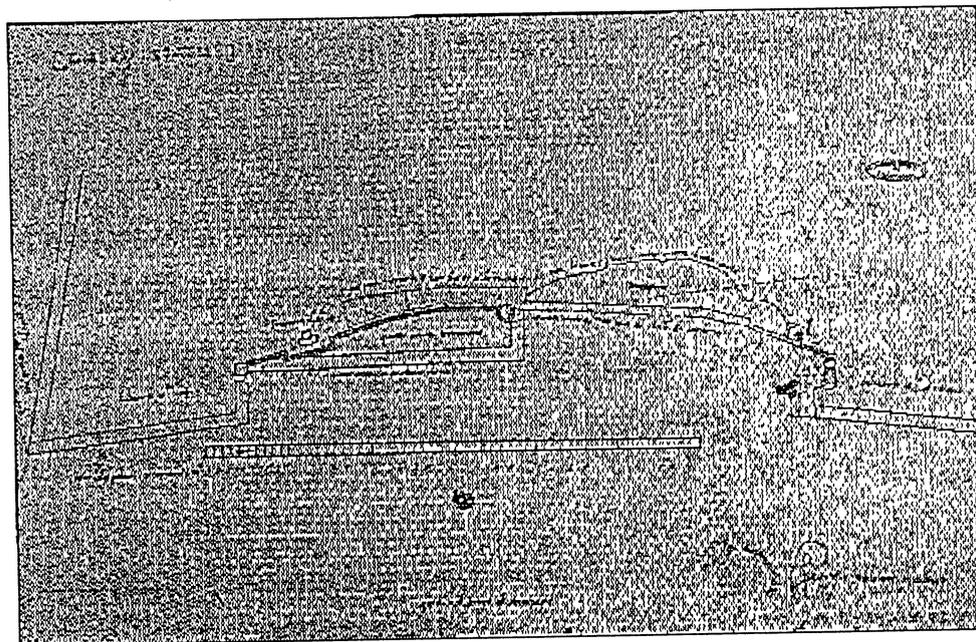
²² DE SETA, C., Y DI MAURO, L., *Palermo*. Roma-Bari, 1980, pág. 75. Sobre la fortificación de Palermo, véase M. Giuffrè, «Palermo "circa murata" dal XVI al XIX secolo». *Quaderno del IDAU*, núm. 8, Catania, 1976. págs. 41-68.

²³ A.G.S., *Estado*, leg. 1145, fols. 1 y 12.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

al respecto del capitán Fratin²⁴. También Gabrio Serbelloni informaba ese año de 1572 sobre la fortificación de Messina, a la que consideraba el lugar más importante de Sicilia, y Giulio Cesare Brancaccio disenta sobre algunas de las reformas propuestas por Serbelloni para la fortificación de esa ciudad, al igual que disenta sobre algunos de los proyectos para Palermo²⁵. Polémicas entre ingenieros y militares expertos en fortificación que eran tan frecuentes que su existencia pasó incluso a los tratados.

En 1576 varios informes daban cuenta del estado de la fortificación de las ciudades de Sicilia. Scipione Campi —contradiendo a Serbelloni— escribía que Palermo era cabeza de las ciudades de Sicilia por su grandeza, belleza, nobleza, riqueza y su puerto, del que ya se había acabado el muelle nuevo. Sin embargo sus fortificaciones eran débiles, pues aunque los baluartes comprendían todo el circuito de la ciudad, sólo dos eran de la suficiente envergadura, así que el orgullo de Ferrante Gonzaga había sido superado por los avances en la ciencia de la fortificación, que exigían baluartes más fuertes y sobre todo mejor hechos frente al enemigo. Campi criticaba que a excepción de esos dos, el resto tenían los flancos al descubierto, las casamatas poco seguras e incómodas, los parapetos débiles..., las cortinas en su mayoría no tenían contrafuertes ni terraplenes, además de tener viviendas cons-



Jorge Paléaro Fratin. Traza para la fortificación de Cagliari (Cerdeña), 1578-1579.
 Archivo General de Simancas.

²⁴ A.G.S., *Estado*, leg. 1143, fol. 18.

²⁵ A.G.S., *Estado*, leg. 1143, fols. 21. 29 y 30.

Alicia Cámara



*Tiberzio Spannocchi. Descripción de las marinas del reino de Sicilia. Fortificación de Siracusa.
Biblioteca Nacional, Madrid.*

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

truidas muy próximas, lo que impedía su reforma. Envía una planta con las posibilidades de remedio para tanto desorden, en la que aprovechaba en lo posible la obra vieja para que no resultara excesivamente costosa la reforma²⁶.

En Cerdeña, y en concreto en las ciudades de Cagliari y Alghero, la actividad del ingeniero Jorge Palearo Fratin renovó sus fortificaciones. En Cagliari informaba de que era una fuerza «hecha más de natura que de arte», y además de exhaustivos informes sobre la obra de fortificación, sobre las ventajas e inconvenientes de fortificar el llamado «burgo», fuera de la ciudad, sobre la cantidad de hombres y de armas que había, sobre todas las posibilidades de ataque y defensa, etc., dice que ha enviado el diseño con las posibles destrucciones de edificios y conventos que podía llevar aparejada la nueva fortificación —y que a él no le parecen necesarios—, tanto a su hermano el capitán Fratin, como a «gravio çervellon» (Gabrio Serbelloni)²⁷. En los años setenta por lo tanto Fratin desde España como técnico en fortificación y Gabrio Serbelloni desde Italia y norte de África, fueron los grandes expertos consultados para la fortificación de ciudades.

El sistema

Todas las fortificaciones del rey Felipe II tendieron a crear un sistema de defensa interrelacionado, en el que las torres avisaban del peligro y protegían los lugares costeros, y los reductos fortificados de las ciudades, con sus puertos modernizados en aquellas cuya función portuaria era primordial, se relacionaban asimismo tanto entre ellas como con los fuertes y las torres de la costa. Hay múltiples ejemplos de ello, independientemente de que se tratara de fortificar un reino u otro, todo era parte de un mismo proyecto que en su conjunto sólo podía ser comprendido y diseñado desde la corte.

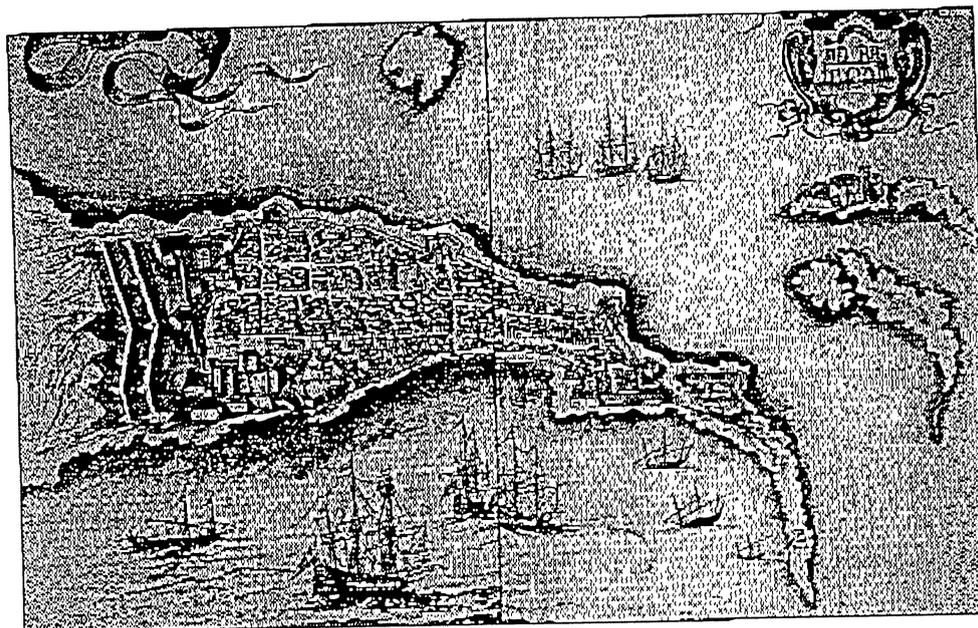
Carlentini por ejemplo fue una ciudad nueva creada en Sicilia como apoyo al sistema de defensa de Augusta y de Siracusa, según las «Advertencias del Duque de Medinacoeli para el Señor don Juan de Austria sobre el Reyno de Sicilia» en 1575. Se trataba de una ciudad en «sitio verdaderamente no sólo fuerte pero puesto a prohibir el ingreso a los enemigos y apto a retirar todas las vituallas y bastimientos de que se pudiese alimentar qualquiera exército de enemigos y Armada que disigniasse apoderarse de Sicilia», según decía otra relación, anónima, del año 1576²⁸. La fortificación de Siracusa se había iniciado a mediados de siglo como la de Augusta, y casi al tiempo que se fundaba Carlentini. Se ha apuntado el nombre del ingeniero Laparelli como posible autor de la primera traza, y recordemos que este ingeniero fue uno de los principales tracistas de la ciudad de La Vallet-

²⁶ A.G.S., *Estado*, leg. 1146, fol. 53.

²⁷ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 79, fols. 25, 26, 28-35.

²⁸ Citadas en DUPOUR, L., *op. cit.*, págs. 224 y 227. La segunda que se cita en A.G.S., *Estado*, leg. 1146, fol. 60.

Alicia Cámara



Trapani. Teatro geográfico antiguo y moderno del reino de Sicilia. 1686.

ta en Malta años más tarde²⁹. En 1576 se hacía preciso fortificar de nuevo Siracusa. Asimismo, entre otras ciudades que había fortificar, cuestiones geoestratégicas obligaban a fortificar Trapani (Trapani), por estar situada en un lugar esencial para «la seguridad de los vaxeles que comercian en Sicilia»³⁰. Años antes, en 1572, Giulio Cesare Brancaccio había informado sobre la fortificación de esa ciudad, alabando su situación. Ese año en un largo informe sobre Sicilia el ingeniero Francesco Locadello decía haber enviado a la corte la planta y diseño de la fortificación de Trapani, que en la corte fue examinada por Fratin, cuyo parecer era el que había que seguir (también el parecer de Fratin era el que había que seguir para la fortificación de Siracusa). Locadello informaba asimismo de que Trapani estaba muy cercana de La Goleta, con lo que la podía socorrer enviándole provisiones en pocas horas³¹. Esta relación de las fortificaciones de Sicilia con Malta y con La Goleta fue esencial para la defensa del Mediterráneo³², y como vemos, los militares e ingenieros no de-

²⁹ MARCONI, P., FIORE, F. P., MURATORE, G., Y VALELLANI, E., *Castelli. Architettura e difesa del territorio tra Medioevo e Rinascimento*. Novara, 1988, pág. 457.

³⁰ A.G.S., *Estado*, leg. 1146, fol. 59.

³¹ A.G.S., *Estado*, leg. 1143, fols. 1 y 31. El parecer de Fratin sobre Trapani en idem, fol. 4. Su parecer sobre Palermo y Siracusa en idem, fol. 5.

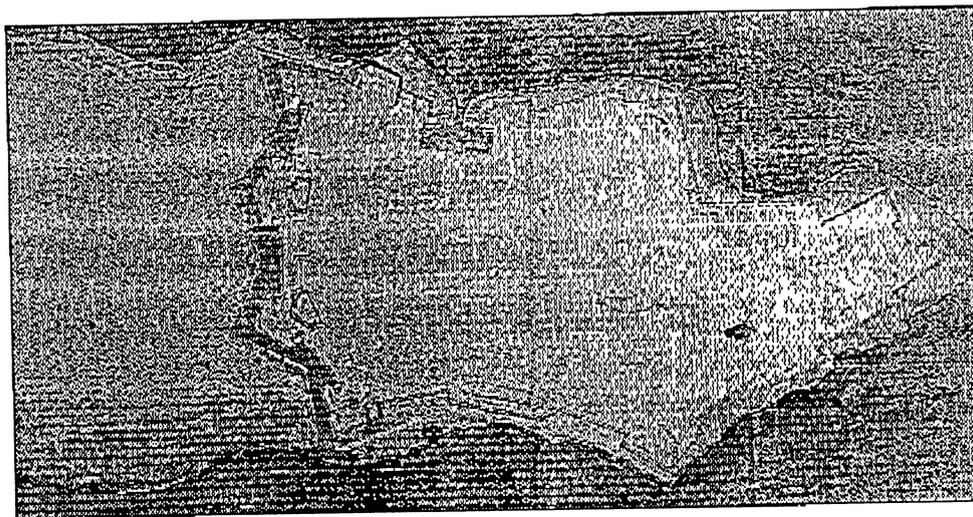
³² KOENIGSBERGER, H. G., *La práctica del imperio*. Madrid, 1989. Señala este autor, el carácter casi de bastión de Malta con respecto a Sicilia, y la relación con La Goleta, claves en las épocas de miedo de los años setenta.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

jaron de hacerlo notar en sus múltiples informes. El largo discurso sobre la fortificación de Siracusa enviado ese año de 1576 por el ingeniero Juan Antonio Salamone al duque de Terranova, informaba de las grandes dificultades para fortificar esa ciudad, y lo poco útiles que serían las nuevas fortificaciones propuestas por otros (que no cita) ante los ataques enemigos³³. Sin plantear esa situación estratégica de Siracusa, son tantísimas las hipótesis de planta de cómo puede ser atacada, que clarifica por completo el papel jugado por esa ciudad en el sistema defensivo del Mediterráneo.

Este sistema hubo de hacer frente ante todo al peligro turco, pero también a otras fortalezas y al peligro de los ejércitos enemigos en tierra. Los turcos en los años setenta habían aprendido tanto de la guerra de los cristianos en sus batallas y con los cautivos «que ya quasi las astucias de la guerra, el valor en la milicia y el uso de las armas son comunes», pero como los turcos tenían más gente, más artillería y muchas galeras y otros barcos, era necesario fortificar a una ciudad como Siracusa de forma que se pudiera defender ella sola frente al turco mientras llegaban los refuerzos que el rey mandaría en caso de ataque a esa ciudad. De ahí las fuertes reformas propuestas en el año 1576, que modificaban radicalmente las obras de fortificación hechas en tiempo de Ferrante Gonzaga³⁴.

Las referencias al peligro turco, esa «Armada turquesca» cuya llegada se temía en Mallorca en 1592³⁵, son constantes, y tenían siempre una consecuencia inmediata: la petición de dinero e ingenieros para nuevas obras de fortificación, y hombres para defenderlas. En

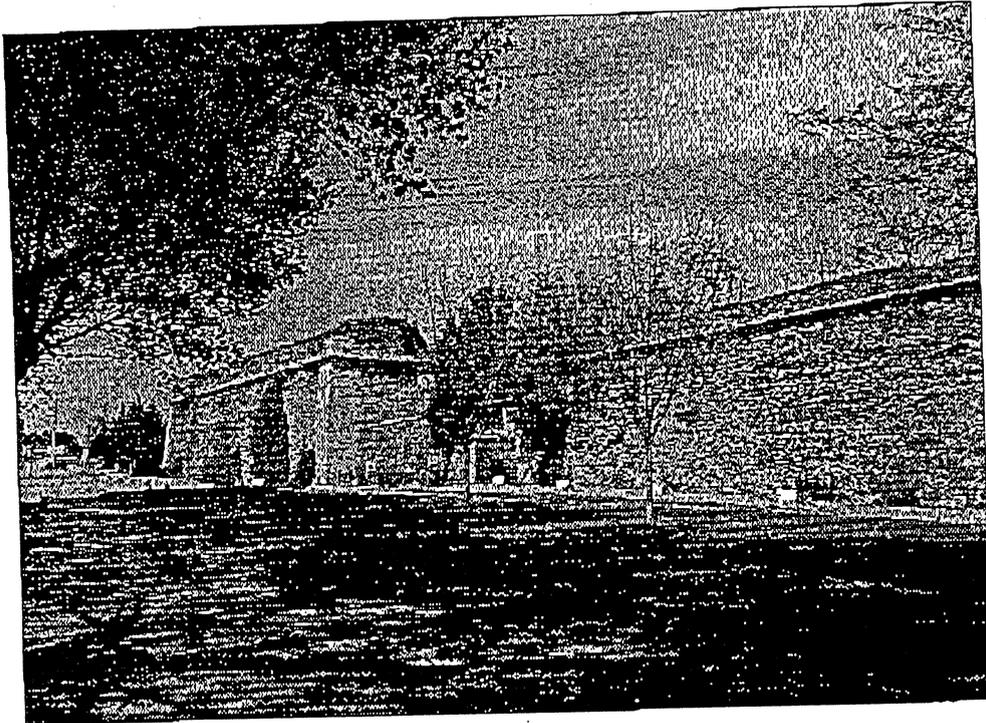


Fortificación de la isla de Malta. 1576. Archivo General de Simancas.

³³ A.G.S., *Estado*, leg. 1145, fol. 31.

³⁴ A.G.S., *Estado*, leg. 1146, fol. 59.

³⁵ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 415, fol. 95.

Alicia Cámara*Fortalezuela de Rosas. Girona.*

Palermo y otras ciudades sicilianas se temía a esa armada del turco continuamente, pero teniendo en cuenta la lentitud de las obras de fortificación, a veces parece, leyendo la documentación al respecto, que debía ser imposible fortificar una ciudad ante la sospecha de un asalto antes de que éste se produjera. Siempre fue el peligro turco el gran argumento, aunque fueran las incursiones corsarias las que martirizaron las costas católicas de los reinos de Felipe II. Por eso en la traducción de una de las obras de Botero, se dice que lo que llevó a Felipe II a fortificar el puerto de Cartagena fue el peligro de que los turcos se apoderaran de él³⁶.

Por lo que se refiere a esas costas españolas, el primer informe que planteó las fortificaciones como un sistema en el que todas se relacionaban fue el ya citado de Calvi, realizado cuando volvió de Orán, en el que resume muchos otros informes parciales realizados con anterioridad. Hace alguna observación sobre el peligro añadido a tanto miedo justificado que suponían los moriscos que habitaban las costas del Levante español, lo que fue constantemente repetido a lo largo de este reinado. Por eso las fortificaciones de la costa peninsular a veces tuvieron también la función de impedir la «comunicación de los moros

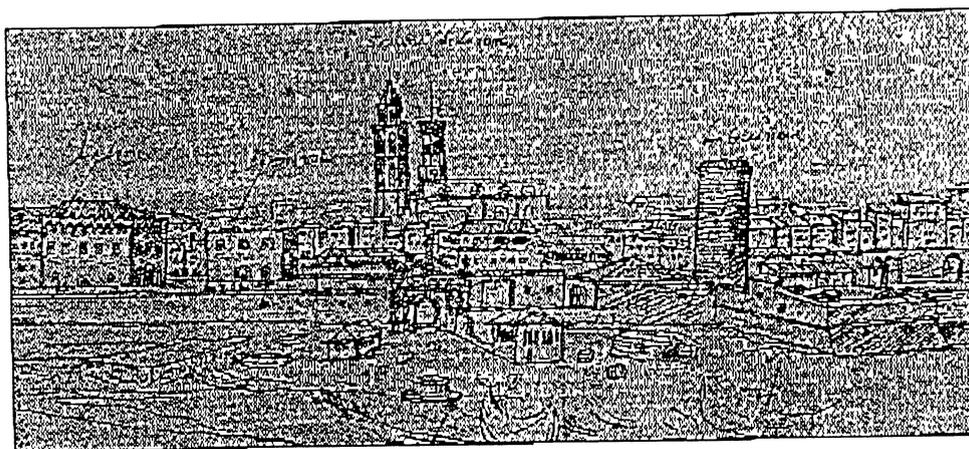
³⁶ BOTERO, J., *Relaciones universales del mundo*. Valladolid, 1600, fol. 5v.

LAS FORTIFICACIONES Y LA DEFENSA DEL MEDITERRÁNEO

de la tierra con los de la mar», como se decía cuando a mediados de los setenta Vespasiano Gonzaga propuso renovar la fortificación del castillo de Benidorm³⁷.

Todas las cuestiones clave referidas a la fortificación de los reinos de Felipe II pueden encontrar en el espacio del Mediterráneo sus argumentos. A partir de ese mar y de su defensa se construyó el sistema defensivo que el monarca aplicó a otros de sus reinos. Por ejemplo, en las fortificaciones del Mediterráneo, como en todas, el monarca pedía a los ingenieros que informaran tanto mediante la imagen como mediante la palabra³⁸, lo que sólo podían hacer tras un reconocimiento directo del terreno. Relaciones como la de Calvi se convierten casi en itinerarios, pues los ingenieros normalmente informaban de los lugares visitados en sus viajes en el mismo orden en que los realizaban.

La experiencia en la guerra defensiva basada en las fortificaciones fue obligando a establecer leyes y normativas que eludieran en lo posible los problemas, pero ese fue un proceso lento. En estas fortificaciones del Mediterráneo de las que hemos intentado dar una visión de conjunto se encuentra toda la evolución de la guerra defensiva mediante fortalezas, quizá con la salvedad de las ciudadelas en las ciudades, a menos que entendamos el espacio mediterráneo más allá de ese mar, tierra adentro. En ese caso el modelo, aunque proyectado por ingenieros italianos, se desarrolló en Turín, Amberes, Pamplona, Parma, Jaca..., no exactamente el ámbito territorial costero a que nos hemos ceñido. El resto de



Anton van den Wyngaerde. Detalle de la vista de Barcelona con la Puerta de la Marina.
Victoria & Albert Museum. Londres.

³⁷ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 79, fol. 104.

³⁸ A.G.S., *Estado*, leg. 1143, fol. 43. En la instrucción dada a Benvenuto Torrelli en 1572 para que reconociera distintos lugares de la isla de Sicilia para comprobar si las obras se hacían conforme a las trazas dadas, se le ordena que «si fuera menester, embiarleis alguna traça dello, embiarleis con una relacion tan clara y distinta que se pueda entender acá, proveer como conviene al servicio de su Md.».

Alicia Cámara

las tipologías de fortificación, con todos sus problemas, tuvieron en el Mediterráneo su cuna, y en los tratados italianos su difusión. A partir de ahí evolucionó.

El tiempo fue transformando la geometría de las fortificaciones en función de las armas y los peligros a los que había que hacer frente. Los enfrentamientos a veces implacables entre militares e ingenieros, el férreo control desde la corte de las trazas, la necesidad del dibujo y de los modelos en madera o barro para que los maestros mayores pudieran seguir con exactitud las trazas aprobadas en la corte, o esas «passiones que son las que difieren las fábricas y las hazen perpetuas», como escribía sobre Mazalquivir el duque de Cardona en 1593³⁹, pueden ser estudiados sin salir de ese mar Mediterráneo.

La monarquía católica de Felipe II identificó fortificación con defensa de sus reinos. Consolidó las conquistas de sus antecesores mediante la arquitectura militar. Si las fortificaciones fueron una de las causas de la decadencia española por su alto coste o su escasa eficacia, es algo a debatir. Desde el punto de vista de la arquitectura militar y del urbanismo, fue una de las empresas constructivas más significadas de la España de Felipe II, y desde el punto de vista del control del territorio y su defensa fue una de las más ambiciosas.

³⁹ A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 378, fol. 182.